

# LENIN Visto por "Stalin"

(Discurso pronunciado en la isla de los estudiantes de la escuela militar del Kremlin, el 28 de enero de 1928)

Comaradéal Celebráis hoy una velada de recuerdos sobre Lenin y me habéis invitado a mí en calidad de uno de los informantes. Supongo que no hay necesidad de exponer un informe completo sobre las actividades de Lenin. Creo que valdrá más limitarse a dar a conocer ciertos hechos, que señalan algunas particularidades de Lenin, hombre y militante. Posiblemente, entre estos hechos no habrá ligazón interior; pero eso no puede tener importancia decisiva para formarse una idea general sobre Lenin. En todo caso, yo no tengo la posibilidad de ofreceros en este momento más de lo que os he prometido antes.

## El águila de las montañas

Conocí a Lenin en el año 1903. Es verdad que este conocimiento no fué personal, fué sin verle, por correspondencia. Pero me dejó una impresión imborrable, que no me abandonó durante todo el período de mi trabajo en el Partido. Me encontraba en aquel entonces deportado en Siberia. Al conocer la obra revolucionaria de Lenin, a fines del año 1890, y sobre todo a partir del año 1901, después de la aparición de la «Iskra», me convencí de que Lenin era un hombre extraordinario. En aquel tiempo, Lenin no era para mí un simple dirigente del Partido, era un verdadero creador, pues sólo él comprendía a fondo la naturaleza y las impostergables necesidades de nuestro Partido. Cuando comparaba a Lenin con los otros dirigentes de nuestro partido, me parecía siempre que sus compañeros de armas, Plejanov, Martov, Axelrod y otros, eran todos una estirpe más baja que Lenin. Me parecía que Lenin, en comparación con ellos, no era simplemente uno de los dirigentes del Partido, sino el tipo superior de dirigente de masas, el águila de las montañas, que no sabe lo que es el miedo en la lucha y que conduce audazmente al Partido hacia adelante, por los inexplorados caminos del movimiento revolucionario ruso. Esta impresión cayó tan profundamente en mi alma, que sentí la necesidad de escribirle a un íntimo amigo mío, que se encontraba en aquel tiempo en la emigración, solicitándole su opinión.

Algún tiempo después, estando ya deportado en Siberia—a fines del año 1903—recibí la respuesta entusiasta de mi amigo y una carta de Lenin sencilla y profundamente substancial, a quien, por lo visto, mi amigo le había mostrado la mía. La escuela de Lenin era relativamente breve, pero, sin embargo, hacía una crítica aguda e intrépida del trabajo práctico del Partido, y exponía todo el plan de trabajo del Partido para el período inmediato en una forma notablemente clara y concisa. Sólo Lenin sabía escribir sobre los asuntos más embrollados con tanta sencillez, claridad, concisión, audacia; donde cada frase no sólo habla sino que parece un disparo de fusil. Esta carta, sencilla y valerosa, reforzó aún más en mí la convicción de que en la persona de Lenin teníamos el águila de las montañas de nuestro Partido. No me puedo perdonar no haber quemado, por costumbre de viejo conspirador, esta carta de Lenin, como otras muchas.

Desde ese momento trabé conocimiento con Lenin.

## La Modestia

Me encontré con Lenin por primera vez en Diciembre de 1905, en la Conferencia Bolchevique de Taurerfora (Finlandia). Esperaba ver el águila de las montañas de nuestro Partido, el gran hombre, grande no sólo desde el punto de vista político, sino grande si se quiere en la acepción física del vocablo, pues me lo imaginaba grande, con su gran talla, fuertes y espaldas anchas. Cuando me en-

contré con él me desilució al encontrarme frente a un hombre común, más bajo de estatura que el término medio de la gente y que no se distinguía en nada de los demás mortales!

Es costumbre que un «gran hombre» debe llegar tarde a las reuniones, para que los miembros de esa reunión esperen con el aliento retenido, y antes de su llegada los concurrentes a la reunión avisen su entrada con un «¡Chist! ¡Silencio! ¡Ya viene». Ese rito no me parecía mal, pues impone, inspira respeto. ¡Qué desilusión tuve cuando supe que Lenin había llegado a la reunión antes que los delegados y, escuchado en un rincón, hablaba sobre el tema más corriente con los delegados más comunes de la conferencia! No ocultaré que, en aquel momento, esto me pareció una infracción a ciertas reglas indispensables.

Sólo más tarde comprendí que esa sencillez y modestia de Lenin, este deseo de pasar inadvertido, o, en todo caso, no llamar la atención ni subrayar su alta posición, que este rasgo constituía uno de los lados más fuertes de Lenin como nuevo jefe de las nuevas masas sencillas y comunes de los «fondos» más profundos de la humanidad.

## La fuerza de la lógica

Los discursos pronunciados por Lenin en esta Conferencia sobre el momento actual y el problema agrario, fueron notables. Por desgracia no se han conservado. Fueron dos discursos sin retórica que levantaron tempestuosa admiración en la Conferencia. La formidable fuerza convincente, la sencillez y claridad de la argumentación, las frases breves y comprensibles para todos, la falta de amaneramiento, la ausencia de poses y de gestos espectaculares, distinguían ventajosamente los discursos de Lenin de las intervenciones de los habituales oradores «parlamentarios».

Pero no era este aspecto de los discursos de Lenin el que en aquel tiempo me cautivaba. Me cautivaba la fuerza irresistible de la lógica de sus discursos, que, algo secos, pero por eso mismo aún más sólidos, se apoderaba del auditorio y paulatinamente lo electrificaba, para luego dominarlo sin reservas. Recuerdo lo que entonces decían muchos de los delegados: «La lógica de los discursos de Lenin es algo así como tentáculos todopoderosos, que te aprisionan como tenazas y de cuyo alcance no hay poder de librarse; o te rindes o decides tu fracaso total».

Creo que en esta particularidad de los discursos de Lenin reside el lado más poderoso de arte oratorio.

## Sin lamentaciones

Encontré a Lenin la segunda vez en el año 1906, en el Congreso de Estocolmo. Sabido es que en este Congreso, los bolcheviques quedaron en minoría y sufrieron una derrota. Por primer vez vi a Lenin en aquel papel de derrotado. No se parecía en un ápice a esos dirigentes que se lamentan y se desalientan después de la derrota. Al contrario, la derrota transformaba a Lenin en una condensación de energía y entusiasmo a sus partidarios para nuevos combates, para la victoria futura. Hablo de la derrota de Lenin. Pero, ¿qué derrota fué aquella? Había que ver a los adversarios de Lenin, a los vencedores del Congreso de Estocolmo, Plejanov, Axelrod, Martov y consortes. Se parecían bien poco a los vencedores verdaderos, pues Lenin en su crítica implacable contra el menchevismo, no les dejó ni un hueso sano, como suele decirse. Recuerdo cómo nosotros, los delegados bolcheviques agolpados en un grupo, mirábamos a Lenin, pidiéndole consejos. En las palabras de algunos delegados se traslucía el cansancio y el abatimiento. Recuerdo cómo Lenin, en respuesta a estas palabras, murmuró entre dientes con tono incisivo: «No os quejéis, compa-

ñeros; nosotros venceremos con seguridad, pues tenemos la razón». El odio contra los intelectuales que se lamentan, la fe en nuestras fuerzas, la fe en el triunfo: he aquí de lo que nos hablaba Lenin entonces. Se sentía que la derrota de los bolcheviques era temporal y que tendrían que vencer en un futuro próximo.

«Nada de lamentaciones en la derrotas. He aquí una particularidad de las actividades de Lenin, que le ayudó a agrupar a su alrededor un ejército abastado hasta el fin y confiado en sus propias fuerzas.»

## Sin presunción

En el Congreso siguiente, 1907, celebrado en Londres, los bolcheviques triunfaron. Entonces vi a Lenin por primera vez en el papel de vencedor. Comúnmente, el triunfo trastorna la cabeza de algunos dirigentes, los torna altivos y presuntuosos. A menudo, en estos casos, comienzan a cantar victoria o se duermen sobre sus laureles. Pero Lenin no se parecía en nada a esos jefes. Por el contrario, justamente después del triunfo se ponía más alerta, más atento. Recuerdo como Lenin sugería con insistencia a los delegados: «primero, no dejarse arrastrar por la victoria, no presumir; segundo, consolidar el triunfo; tercero, acabar con el adversario, pues sólo está vencido, pero dista mucho de estar liquidado». Lenin se hablaba mordazmente de los delegados que afirmaban con frivolidad: «Desde hoy hemos acabado con los mencheviques». No le fué difícil demostrarles que los mencheviques tenían aún raíces en el movimiento obrero, que era menester combatirlos hábilmente, evitando en todo lo posible sobreestimar nuestras fuerzas, y, sobre todo, subestimar las fuerzas del adversario.

«No presumir en la victoria»: he aquí la particularidad del carácter de Lenin, que le ayudó a medir con lucidez las fuerzas del adversario e inmunizar al Partido contra posibles sorpresas.

## Fidelidad a los principios

Los Jefes del Partido no pueden dejar de estimar la opinión de la mayoría de su Partido. La mayoría es una fuerza con la cual el jefe no puede dejar de contar. Lenin comprendía esta verdad, tanto como cualquier otro dirigente del Partido. Pero Lenin jamás se sentía esclavo de la mayoría, sobre todo cuando esa mayoría carecía de una base de principios. Hubo momentos en la historia de nuestro Partido en que la opinión de la mayoría o los intereses momentáneos del Partido entraban en conflicto con los intereses cardinales del proletariado. En estos casos, Lenin, sin pensarlo mucho, se colocaba resueltamente de parte de los principios, en contra de la mayoría del Partido. Más aún: no temía opinar en estos casos, literalmente solo, en contra de todos, considerando, como solía decir a menudo, que «la política de principios es la única política justa».

En este sentido, son muy característicos los dos hechos siguientes:

**Primer hecho.**—Concierne al período de 1909 a 1911, cuando el Partido destruido por la contrarrevolución, atravesaba un complejo descomposición. Fue éste el período de falta de fe en el Partido, período de epidémica deserción de las filas del Partido no sólo de los intelectuales, sino también, en parte, de los obreros. Fué el período de rechazo del trabajo ilegal, fué el período de «liquidacionismo» y de desmoronamiento. No sólo los mencheviques sino también los bolcheviques constituían una serie de fracciones y corrientes en su mayor parte desligadas del movimiento obrero. Es sabido que justamente en este período surgió la idea de la liquidación completa de las actividades ilegales, para organizar a los obreros en un partido legal, liberal «Stolipiniano». Lenin fué entonces el único que no cedió ante el espíritu de época general y mantuvo en al-

to la bandera del espíritu de partido, juntando las fuerzas dispersas del Partido con asombrosa paciencia y con insistencia jamás vista, luchando contra todos y toda clase de corrientes hostiles al Partido dentro del movimiento obrero, defendiendo el espíritu de partido con valor y perseverancia sin precedentes.

Es sabido que Lenin resultó luego vencedor en esta discusión sobre el espíritu de partido.

**Segundo hecho.**—Concierne al período de 1914 a 1917, período del fragor de la guerra imperialista, cuando todos o casi todos los partidos socialdemócratas y socialistas, cediendo ante la borrachera patriótica general, se entregaron al servicio de sus respectivos imperialismos patrios. Este fue el período en que la II Internacional inclinó sus banderas ante el capital, cuando hombres como Plejanov, Kautsk, Guesde y otros cedieron ante la ola patriótica. Lenin era en aquel entonces el único o casi el único que inició una lucha resuelta contra el socialchauvinismo y el socialpacificismo, desenmascarando la traición de los Guesde y de los Kautski y estigmatizando la antigüedad de los «revolucionarios» de pacotilla. Lenin se daba cuenta de que le seguía una minoría insignificante, pero esto no tenía para él importancia decisiva, pues sabía que la única verdadera política dueña del futuro es la política del internacionalismo consecuente, pues sabía que la política de principios es la única política justa.

Es sabido que Lenin resultó vencedor también en esta disputa por una nueva internacional.

«La política de principios es la única política justa»: ésta es la fórmula misma, con cuya ayuda Lenin tomó por asalto nuevas posiciones «inexpugnables», conquistando los mejores elementos del proletariado para el marxismo revolucionario.

## Fe en las masas

Los teóricos y los jefes del partido, que conocen la historia de los pueblos y la historia de la revolución desde sus comienzos hasta el fin, suelen a veces ser presa de una indecente enfermedad. Esta enfermedad se llama miedo a las masas, falta de fe en las capacidades creadoras de las masas. Sobre esta base surge a veces en los jefes cierto aristocratismo frente a las masas, novicias en la historia de las revoluciones pero llamadas a demoler lo viejo y construir lo nuevo. El miedo a que la espontaneidad pueda encadenarse tempestuosamente, a que las masas puedan «destronar con exceso», el deseo de desempeñar el papel de ayas empeñadas en aleccionar libremente a las masas, pero sin querer aprender de ellas, es la base de esta clase de aristocratismo.

Lenin era el antípoda de esta clase de jefes. No conozco otro revolucionario que haya tenido más fe que Lenin en las fuerzas creadoras de las masas y en el buen sentido de su instinto de clase. No conozco otro revolucionario que haya sabido fustigar tan despiadadamente a los enfatuados críticos que hablaban con suficiencia sobre el «caos de la revolución» y de «las bacanales de la acción espontánea de las masas», como lo sabía hacer Lenin. Recuerdo que durante una conversación, en respuesta a una observación de un compañero, que decía que «después de la revolución hay que establecer un orden normal», Lenin le contestó sarcásticamente: «Es una desgracia que las personas que quieren ser revolucionarias olviden que el orden más normal de la historia es el orden de las revoluciones».

De ahí proviene la actitud despectiva de Lenin frente a todos aquellos que se empeñaban en mirar desde arriba a las masas y enseñarlas con los libros. De aquí la infatigable predicación de Lenin: «pre-